

NO ES VERDAD. EL TIEMPO NO SUELE PONER LAS COSAS EN SU SITIO. Hay demasiadas cosas, demasiado sitio y muy poco tiempo. Sería demasiada casualidad. Como mucho, de vez en cuando logramos llevar algunos asuntos al lugar donde corresponden, empujando después de tomar aire para el primer impulso o arrastrando la losa como si el firme sobre el que se asienta fuera a desmoronarse sin haber mostrado antes ningún indicio. Con esfuerzo llegamos a ubicar correctamente los asuntos más importantes, a menudo a costa de perder el control sobre muchos otros. Después dudamos sobre si hemos hecho bien al afanarnos durante tanto tiempo por colocar uno en concreto y lamentamos la elección desde el instante en que somos conscientes de que ya no hay tiempo ni medios para cambiar de asunto o de ubicación. Aunque parezca que no se nos otorga lo suficiente, menospreciamos el poder de la voluntad, que en realidad sí tiene consecuencias directas sobre el propio destino y se suele ver cumplida al menos en las principales elecciones que hacemos a lo largo de la vida, seguramente porque casi nunca escogemos cosas a las que no deberíamos aspirar. Al final consideramos elecciones los deseos que en algún momento nos fueron concedidos y terminamos falseando la imagen de aquella incertidumbre inicial, ahora remota. El paso del tiempo pule las asperezas de cada recuerdo y siempre acabamos observando las dudas confirmadas como si en realidad las hubiéramos dado por sentadas desde el principio.

Por más vueltas que le dé no va a sacar ninguna conclusión reconfortante. Para cuando quiere darse cuenta, la madre ha dejado de perderse por los espacios entre las palabras del mensaje de Gonzalo y lleva rato recorriendo las copas del pinar escandinavo del salvapantallas. Sacude el ratón e imprime el documento. Cuando la impresora deja de gemir, le da la vuelta al folio y lo lee otra vez.

10

Gonzalo le cuenta que él y su padre han decidido que esta vez es mejor volver a casa juntos. A última hora de la tarde van a ir con tiempo al aeropuerto a ver si hay plazas para los dos, así ella solo tiene que hacer un viaje para recogerlos. El padre dice que prefiere ir con él porque le da miedo volar solo, aunque él cree que lo dice en broma. Este fin de semana no han podido hacer nada. Ayer iban a ir al baloncesto, pero llovía y hacía viento. Gonzalo tenía décimas y al final no salieron, por eso es mejor que su padre vuelva con él ahora que ya se encuentra mejor y así pueden aprovechar para ir a sitios y hacer planes. Cuando estaba en casa con ellos les daba tiempo a hacer un montón de cosas juntos.

Gonzalo le dijo al padre que, desde que se fue, el jardín está mucho más feo y que él nunca le hace caso a su madre cuando le pide que riegue. A los demás sus padres les dan paga por regar y cortar el césped, pero ella se niega porque dice que es su obligación como hijo y como hombre de la casa.

Siempre le da mucha pena despedirse de él al volver. La gente de la sala de embarque lo ve llorar y se muere de vergüenza. Esta vez cree que le va a dar más pena todavía porque no han tenido tiempo de hacer nada, solo fueron a cenar al chino el viernes cuando llegó. El padre le dejó dar un sorbo al licor que tiene un lagarto dentro de la botella —no le dio ningún asco— y el resto del fin de semana estuvieron en casa viendo la tele y películas. Por la tarde al final no fueron al partido —lo escucharon un rato por la radio y de todas formas perdieron por más de vein-

te puntos—, así que el fin de semana no les ha cundido nada. Ella siempre dice que Gonzalo vuelve con un humor de perros y le pregunta qué le ha pasado en casa de su padre para luego estar un par de días como un autista. Encima después le cae bronca los lunes cuando no le apetece ir a judo y se queda esperando fuera del gimnasio. Cuando lo va a buscar, antes de aparcar, su madre ya está enfadada porque ve desde lejos que no tiene puesto el quimono.

Gonzalo también le dijo al padre que ella no tiene novio ni nada por el estilo. No quería que se pusiera triste o se enfadara, por eso no le habló de Carlos. Ahora que va a volver es mejor hacer como que no ha pasado nada. El padre dice que no hace tanto que se fue y que en unos meses puede recuperar a casi todos los clientes. Peor de lo que le va ahora no le va a ir de ninguna manera, porque allí ha tenido que empezar de cero y no es lo mismo. A lo mejor ella se ha enterado por su cuenta o se lo ha dicho alguien, pero sigue pagando el alquiler de la oficina. Era una renta muy baja y merecía la pena conservarla por si se animaba a volver. Gonzalo lo ve bastante animado. Su padre dice que es solo cuestión de tiempo, que el tiempo siempre pone las cosas en su sitio. Cuando lleguen va a ver lo animado que está y ella también se va a poner contenta.

11

Cambia las sábanas y mete las sucias en la lavadora. Cuando entra en el salón para ofrecerle un café ve a Carlos sentado en el sofá, sin camisa, recorriendo el menú de preferencias de la tele con el mando a distancia.

—¿Dónde te crees que estás? —musita de vuelta a la cocina cuando él ya no puede oírla.

Aparta la cafetera de la vitrocerámica, rellena con agua el cacharro del perro y vuelve al salón.

—¿Qué estabas haciendo?

—¿Y si te vas? —le dice y apaga la tele—. Tengo que ponerme a hacer cosas.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, es que tenía pensado levantarme más temprano.

Él se sacude de hombros y se pone de pie.

—¿Me puedo duchar?

—Mejor dúchate en casa. En serio, tengo que hacer un montón de cosas. Lo siento.

—Pero voy un momento al baño, si no te parece mal —dice él y corre hasta el dormitorio. Empezar a recoger sus cosas a toda prisa lo ve como una forma no reprochable de reprochárselo.

—Me parece perfecto.

12

Carlos entra en el baño y quita dos macetas que han pasado la noche escurriéndose en el lavabo. Al terminar de asearse no encuentra desodorante ni colonia y abre el botiquín.

¿Cuánto tiempo hace que se fue el marido? ¿Significa algo la permanencia de la espuma y las cuchillas de afeitarse? ¿Significan algo parecido el Rivotril y el Tranxilium? Abre ambas cajas y cuenta las pastillas que faltan para averiguar si la madre de Gonzalo sigue tomándolas, en el caso de que sean tuyas y de que él se acuerde y pueda volver para comprobar la diferencia. Tal vez solo sea una impresión, pero en algún momento de cada uno de los últimos encuentros ha llegado a temer que no fueran a verse más, y cada vez que se lo imagina siente algo parecido a una liberación, pero sobre todo un gran vacío. Se alegra de haberla conocido y cuando se entienden lo pasa bien con ella. A veces piensa que tal vez merezca la pena ilusionarse, plantearse el futuro. Aunque probablemente lo lamente después, cuando ella quiera dejarlo él no va a hacer nada por impedirlo. Por algo será, es una mujer inteligente. Estar con ella no es lo mismo que querer estar con ella a toda costa, claro que él nunca debe dar pistas de su nula predisposición a retenerla cuando quiera desaparecer. Todavía no hay razones para pensar que no puede llegar el día en que le vaya la vida en estar con ella y, mientras exista esa posibilidad, lo que le conviene es transmitir la idea de que esa entrega ya existía desde el principio. Habrá quien lo considere un enga-

ño, pero si lo es, entonces él también vive engañado por su propio juicio más o menos la mitad del tiempo. Con todo esto en mente, la otra noche en el restaurante por fin pronunció la frase antológica, la capitulación sumaria que iba a procurarle el deleite sensorial de tenerla comiendo en la palma de la mano.

—¿Es por algo que haya dicho? —le preguntó nada más sentarse.

Ella echó en falta un gesto. Cuando se sientan, su marido y los amigos de su marido suelen tirarse del pantalón pellizcando la tela por encima de cada rodilla.

—No es por nada que hayas dicho. No es por nada en concreto.

—Pero *es*, algo te pasa.

—No me pasa nada.

—Ya —Carlos tomó impulso contra la mesa y su silla quedó apoyada en el suelo solo con las patas traseras—. A mí también me da por llorar sin motivo.

—Nunca te he visto.

—Te vas cerrando y cuando te veo así te juro que no sé qué hacer.

—No me ves de ninguna forma. No tienes que hacer nada.

—¿Sabes qué? Cuando yo era niño era muy miedoso. Cada día me daba miedo una cosa distinta y a la hora de acostarme lo pasaba fatal. Durante el día estaba tranquilo, pero en cuanto me metía en la cama empezaba a acordarme de un montón de cosas terribles. En esa época no se les consentía a los niños tanto como ahora, lo que pasaba era que mi madre era un poco blanda. No sé por qué, pero nunca me atrevía a decirle lo que me daba miedo. Entonces ella tenía que ir nombrándolos uno a uno. Los fantasmas, el fin del mundo, el hombre lobo, una foto que había visto de unas montañas con forma de cara en la superficie de Marte... Hasta que lo acertaba.

—Las madres son así.

—Pues últimamente me acuerdo mucho de ella al preguntarte todo el rato si estás bien o qué te pasa. Yo nunca he sido muy

hablador, aunque comparado contigo... No sé, supongo que lo que pasa es que quiero que estés bien. Quiero ayudar a que estés bien. Empiezo a sentir que tengo que estar para todo lo que necesites.

14 Si la madre de Gonzalo se lo cree, significa que Carlos tal vez posea el escrúpulo emocional que todas las mujeres de la historia han intuido que debe de existir, pero que ninguna se ha atrevido a echar realmente en falta. Por sí solo, el contenido de la frase alimenta su sospecha de que las cosas pueden darse tal como ella siempre las ha deseado. No es imposible. El problema es que nunca se ha imaginado a sí misma con alguien capaz de decir algo así. Esa diferencia con respecto a su predecesor a lo mejor es sintomática de otro tipo de diferencias —como también pueden serlo la despreocupación de Carlos hacia el trabajo o su falta de gusto para vestir— que tal vez marquen la distancia entre sus respectivas visiones de lo que hay que dar y recibir y lo que debe esperarse de la vida. Estas diferencias quizás no habrían sido insalvables si la pasión hubiese irrumpido torrencialmente, pero, así las cosas, ahora ya parecen muy difíciles de salvar. Además, tampoco se imaginó nunca a sí misma con alguien tan joven.

—¿Estás bien? Deja eso un momento —le dice al entrar en la cocina y le quita de las manos una taza que iba a guardar.

Es curioso cómo la zozobra acumulada termina convocando a la esperanza. Si hace dos minutos Carlos veía la convivencia como el arte de hacer reproches no reprochables, ahora no puede creer más firmemente en el alcance resolutivo del hecho de estar por la labor.

Está comprobado y él lo sabe. Entre parejas —incluso entre proyectos de parejas— los cambios de tono o actitud más o menos de concordia siempre se ven favorecidos por el entorno neutral de la cocina. La mano que la sostiene por la cintura termina de confirmarle a la madre de Gonzalo un paternalismo ridículo

—dada la diferencia de edad— y para el que de todas formas aún no se han derribado suficientes barreras de confianza. De seguir juntos es posible que en algún momento ella llegue a agradecer estos gestos, pero las cosas llevan su tiempo y todavía pesa demasiado la noción de que el tal Carlos, además de un niño, es prácticamente un desconocido.

Es culpa suya. Tenía que haber esperado hasta tener más fuerzas. Si hubiera pasado más tiempo sola, él ahora no se sentiría obligado a hacerle tantas preguntas ni sería testigo de tantos cambios de humor inverosímiles. Nunca habría querido saber por qué espera un rato antes de salir del coche cuando va a verlo ni la habría visto llorar la otra noche en el restaurante. Haber empezado cuando empezaron la forzó a partir de una situación de vulnerabilidad desde la que difícilmente podían sentarse las bases de lo que a estas alturas exige para su vida. Ahora la incapacidad de ver reflejada su voluntad en ninguna de las decisiones que toma ha convertido esa idea de cómo debería ser todo en pura entelequia. Últimamente ni siquiera se permite desear el orden de cosas que se propuso conseguir cuando se fue su marido, y no puede evitar sentirse deshonesto al advertir cómo, en el fondo, ha actuado igual que un gobierno imprudente: ha desviado la atención de lo importante —de los problemas históricos— hacia asuntos más noticiosos, pero a la larga caducos. De todas formas, a día de hoy no tiene más remedio que cuestionarse la caducidad o la intrascendencia de lo que sea que tiene con Carlos. No puede ser tan intrascendente si ya hace tiempo que no es capaz de imaginarse cómo, dónde y con quién estaría si no llevara meses sin dejar de dudar sobre él o sobre los dos —sobre el futuro— con mucha más recurrencia y en detrimento del tiempo invertido en dudar sobre todo lo anterior. El camino emprendido sólo sigue siendo transitorio mientras todavía quede a la vista la vía principal o, al menos, la bifurcación. Por eso no puede dejar de pensar que ha hecho trampas arrancando y volviendo a colocar en sitios más propicios las pegatinas de su cubo de Rubik.

—¿Estás bien? —repite Carlos—. Estás de mal humor.

—No estoy de mal humor, lo que pasa es que quiero estar sola. Tengo un montón de cosas que hacer.

Carlos es consciente de la probabilidad de que ella se violente, pero de todas formas la envuelve por detrás con los brazos. La aprieta contra sí y al verla ladear la cabeza empieza a besarle el cuello hasta el hombro. Ella respira profundamente en lo que él interpreta como una descarga de tensión, y con la idea de tranquilizarla del todo empieza a frotarle con fuerza los antebrazos y los hombros. Entonces escucha el chasquido de su lengua y la ve desasirse de él con un exabrupto que vuelve a colocarlo de un segundo a otro en arenas movedizas.

16

—Animal.

¿Es ser retorcida un rasgo común a todas las mujeres o solo a las que han significado algo para él? Tal y como lo ve Carlos, la hostilidad que coinciden en encontrar en el mundo las mujeres de las que ha estado enamorado las incapacita para ofrecer sin reservas todo lo bueno que pueden y en realidad quieren dar; o más bien convierte esas reservas —los silencios, las contestaciones impertinentes, los bostezos fingidos— en el pan de cada día. A su manera, cada una le concedió el franquiciado más o menos exclusivo de sus fuentes de felicidad, y por algún motivo ninguna de las tres pareció quedarse tranquila con esa exclusividad y la dependencia que generaba. Siempre tardaron poco en surgir la desconfianza y el reproche, jodiendas paliables a base de mucho sacrificio pero renacientes como manchas de humedad. Esta coincidencia a veces le hace pensar que tal vez tenga su parte de culpa, aunque no lo tiene claro. El caso es que a las mujeres —o al menos a las mujeres por las que se siente atraído— la vida les inflige tantos pequeños castigos tan distintos que estos no pueden sino echar por tierra todos sus intentos de ser realmente felices. Hasta donde él llega a comprender, no es el número ni la heterogeneidad de las adversidades lo que convierte

sus vidas en como mucho llevaderas. Es su mala asimilación, algo así como la recreación gratuita en sus efectos perniciosos. Masoquismo. Ofuscamiento. Síndrome de Estocolmo.

Carlos se sorprende de haberla incluido en el cómputo de mujeres de las que ha estado enamorado. El vértigo que siente al darse cuenta lo lleva a razonar que lo ha hecho para fortalecer la generalización, porque partiendo de solo dos ejemplos difícilmente podría sacar conclusiones. Eso sí, si cuenta a la madre de Gonzalo, no deja de llamarle la atención el hecho de que tres de ellas —tres de tres— hayan reaccionado igual, y más de una vez, en momentos parecidos.

Ya lo ha vivido. Primero se apodera de él la sensación de que la vida es injusta, de que no puede esperarse gran cosa si propiarse un poco en la constatación física de la reconciliación basta para hacer inútil todo el esfuerzo. Luego va un paso más allá y trata de decidir si el desplante se debe solo a eso o si en realidad se lo han pensado mejor, si han aprovechado la primera ocasión de echarle algo en cara para volver a la situación hacia la que por algún motivo no pueden dejar de conducirse.

El problema es que ha malinterpretado el gesto. Desde el principio a ella le ha parecido bien la recurrencia del sexo porque mientras el sexo sea recurrente es difícil pensar en otra cosa. Nunca le había pasado nada parecido, pero se ha acostumbrado a follar cada vez que se presenta la ocasión y ya no se somete a sí misma a una especie de evaluación previa de factores.

—Me voy —dice Carlos—. Te llamo.

—Ya te llamo yo. Te acompaño.

El tornillo derecho del embellecedor dorado que separa los suelos del pasillo y la cocina lleva tiempo desaparecido. En algún momento de la semana pasada a Gonzalo se le enganchó un calcetín, se desprendió la silicona y el extremo de la tira de metal se separó un par de centímetros junto al quicio de la puerta. Al salir para despedirse, su madre está más pendiente de detectar síntomas de enfado en la cara de Carlos que del peligro que supone la avería. De hecho, solo se acuerda de ella al ver pasar

junto a su cara el interruptor de la luz del pasillo, cuando ya se ha precipitado contra el suelo con la misma indefensión que un camión en una noche de bodas.

—¿Estás bien?

Ella prefiere no contestar. Tal vez no tarde mucho en estarlo, pero por el momento no lo está. Puede localizar un foco de dolor soportable en la cadera y otro más intenso en el codo derecho. Además, Carlos le ha hecho la misma pregunta tres veces en el último minuto. Al final toma la mano que él le ha tendido y al levantarse descubre ante sí el charco amarillento que cada mañana aparece en un rincón distinto de la casa. Es un milagro. Entre los dos han recorrido el pasillo cinco veces y la mancha sigue intacta.

18

—Cuidado, no pises.

La madre de Gonzalo hace ademán de apoyarse en el hombro de Carlos, pero luego decide que no es un gesto muy acorde con lo que sea que quiere dejarle pensando cuando se marche. Una vez en la puerta tampoco imprime demasiada emoción al beso con el que se despiden.

—Gracias por venir. Esta es tu casa, vuelve cuando quieras...

—Ni hablar —dice la madre de Gonzalo—. Cuando quiera yo. Te llamo.

El perro se ha acostumbrado a ocupar el lugar que ella deja libre al levantarse de la cama cada mañana. Ha pasado tantos días seguidos que ya ni siquiera le da asco. Enrolla un periódico, lo lleva en brazos hasta el lugar del crimen y antes de pasar la fregona lo golpea varias veces en el hocico.

Desde el primer día lamentó haber transigido con el capricho de Gonzalo. En algún momento perturbaron su claridad de ideas el hecho de que ahora estuvieran los dos solos y un recuerdo adulterado de lo feliz que fue ella en su infancia con el setter irlandés de su padre. Anteayer, a quince días de la primera vacuna y sesenta después del nacimiento, acababa de volver del

veterinario cuando se dio cuenta de que lo que estaba guardando en la cómoda junto a los pasaportes y el libro de familia no era la cartilla de vacunaciones del perro, sino la de su hijo. La casilla para la vacuna triple vírica, para sarampión, rubeola y parotiditis —que debía serle administrada en el intervalo de los diez a los catorce años—, la ocupaba un sello según el cual Gonzalo estaba protegido contra el moquillo, la hepatitis infecciosa y la leptospirosis canina. A efectos burocráticos, su hijo era el hombre lobo. Probablemente pudiese solucionarlo con una visita al centro de salud, pero más que las molestias que acarrearía, fue la carga simbólica del despropósito lo que la sacó de quicio hasta el punto de repasar mentalmente su agenda de amigos en busca de posibles dueños adoptivos.

19

El perro la supervisa mientras friega, luego ella devuelve el cubo y la fregona a la cocina y, sin querer pensárselo, marca su propio número desde el fijo para encontrar el móvil y hacer la llamada de una vez por todas.

—Hola.

—No me lo voy a tragar.

—Dije hola.

—No me voy a creer que se lo haya inventado todo él solo así que ni lo intentes.

—¿Que se haya inventado qué? ¿Quién?

—No me jodas —la madre de Gonzalo siente ganas de golpear algo con el puño, pero está de pie en medio del salón y no es cuestión de dar varios pasos hasta alcanzar la superficie más cercana.

Hay pocas cosas tan frustrantes como comprobar que da igual que ya no estén juntos, de todas formas siguen pasando por miles de trances por los que antes de dejarlo creyó que nunca más tendrían que pasar si lo dejaban. Algunas cosas son imposibles de sumergir, y mientras tengan un hijo en común cada cierto tiempo va a salir a flote la misma mierda manifestada en miles de formas y medidas distintas. Unas son habituales y obligatorias —como hablar con él dos o tres veces por semana—, y otras

menos justificables —como tener que aguantar la ronda de preguntas y respuestas inútiles cuando se hace el tonto—. Y no solo eso, está claro que su condición de padres separados les hace excrementar una ingente cantidad de mierda nueva que de otra forma nunca habrían tenido que metabolizar. Lo peor de separarte cuando hay hijos de por medio es que tienes que llevarte bien con alguien de quien te separaste precisamente porque no os llevabais bien. Esta vez la madre de Gonzalo no intuye lo que siempre intuye sobre las paradojas. Ahora no basta con reconstruir un tramo en cada extremo de la relación de elementos para dotarla de sentido.

20

—No te jodo.

—Habíamos quedado en que eso era intocable, era lo más importante y te lo saltas a la primera de cambio.

—No sé a qué te refieres.

—¿Con quién te crees que estás hablando? A ver si me entiendes, yo ya te dije que no podías volver. No puedo hacer más. Ahora la vuelves a cagar, le cuentas todo esto y ya solo depende de ti. Ya no hay nada que yo pueda hacer para que dejes de joderme la vida. Pero no puedo permitir que se la jodas a él también.

—El tema lo sacó él. Me preguntó qué pensaba y que por qué no volvía y se lo dije. No le puedo decir otra cosa, no le voy a mentir. Sinceramente, pienso que todo iría mejor...

—Pero es que no va a ir mejor porque no va a pasar. ¿No has pensado que a lo mejor había que preguntarme a mí primero? Métete en la cabeza que no va a pasar. Y no voy a consentir que vuelvas a meter a Gonzalo —grita, consciente de que no hay nada que pueda hacer para no consentirlo; pocas cosas de las que la gente cree no consentir son susceptibles de no ser consentidas—. Me prometiste que no lo ibas a hacer y como lo sigas haciendo lo único que vas a lograr es que te odie. Además de tener a Gonzalo hecho polvo.

—No entiendo eso de meterlo o no meterlo, no puedo *meterlo*. Está metido, es su familia. Y puede seguir siéndolo. Yo creo

que debería seguir siéndolo. No sé, ya te lo he dicho mil veces. Es lo que pienso y lo que quiero. Me cuesta mucho creer que no lo quieras tú.

Los dos saben que, por muy claro que lo tenga, para la madre de Gonzalo es imposible no quererlo en algún momento de debilidad. Para ella, que él apele o no a esa debilidad es una cuestión de ética y de respeto. De principios.

—De hecho hoy ya te estoy odiando bastante. Así que tú verás, no sé cómo no te das cuenta.

Antes de llamar, la madre de Gonzalo preveía que la tensión de la conversación agravase su enfado hasta forzarla a decir cosas tan duras como que *lo odia bastante*. A lo mejor no se arrepiente, pero nada más decirlo sabe que en lo sucesivo no va a hacer otro comentario igual de hiriente.

—Y no hay ninguna posibilidad de que cambies de opinión...

—Ninguna. ¿Cómo te lo tengo que decir? ¿En chino?

—No hace falta, está bien. Voy a intentar volar con él hoy de todas formas. Mañana tengo una reunión. Pero no te preocupes, aterrizamos y te lo mando para casa en un taxi.

—¿Entonces no lo voy a recoger?

—No, te lo mando para casa en un taxi.

—Por favor no aparezcas con él. Por favor.

—Te prometo que no voy a ir con él. Lo meto en un taxi y me voy al hotel. Por la mañana hago las gestiones que tengo que hacer y me vuelvo por la tarde.

—Por favor.

—Te lo prometo.

—No entiendo por qué mi hijo tiene que estar yendo y viniendo solo en taxi, pero si tienes que venir...

No es la primera vez que ella se refiere así al hijo de los dos. Él no cree que lo haga a propósito, de hecho le duele más al razonar que lo dice sin pensar.

—Es que es muy temprano. Aunque coja el primero de la mañana no me da tiempo.

—Lo que tú digas.

- Pues eso, el vuelo sale a las siete. Súmale una hora.  
—¿Cómo está?  
—Bien, está bien.  
—Si quieres se lo explico yo. Pásamelo o llamo más tarde.  
—No te preocupes, ya hablo yo con él. Es cosa mía.  
—Vale.  
—Hasta luego.  
—Hasta luego, cuídate.

Antes de dejarlo sobre la mesa, la madre de Gonzalo se acerca a la cara la pantalla del móvil para asegurarse de que ha colgado. Alguna vez ha empezado a hacer comentarios improcedentes a un tercero sobre un interlocutor que por descuido seguía escuchando al otro lado de la línea. Ahora no hay nadie a quien hacer comentarios improcedentes, pero ha automatizado el gesto.

El cachorro atraviesa la sala y cuando llega a su altura bosteza en espera de que le sean sugeridas nuevas formas de diversión.

—Vamos —le dice, se acerca a la puerta y nota cómo empieza a convulsionar de impaciencia.

El césped de la parcela delantera ya es tres veces más largo que el de cualquiera de las parcelas vecinas. El perro da un salto desde el último escalón de la entrada y al contactar con el suelo sus patas desaparecen. La madre de Gonzalo tira de la manguera enrollada en un soporte fijado al muro y abre la llave de paso, tratando de convencerse de que ella también puede disfrutarlo; puede ser como esas vecinas suyas a las que el tiempo invertido en regar *les da paz*. Con la misma idea, ayer compró las dos macetas que anoche dejó escurriendo en el lavabo. Probablemente sea inútil, para empezar ha hecho caso omiso de la conveniencia universalmente aceptada de regar a última hora de la tarde. Tampoco es capaz de concentrarse lo suficiente en la tarea como para repartir equitativamente la dirección del cho-

rro, y cada cierto tiempo descubre cómo el agua rebosa en alguno de los parterres.

Cuesta mantener el optimismo. Con respecto a algunos asuntos es inútil pretenderlo. Objetivamente, lo único que puede despojarla de la sensación de fracaso resultante de todo lo ocurrido es que su vida anterior deje de importarle. Sus hechos y sus protagonistas. No va a pasar. En lugar de eso, como el resto de padres separados del mundo, está condenada a transitar por lo que le queda por vivir con la misma tristeza de un alumno repetidor al que los compañeros de clase no pueden dejar de mirar con recelo. Los repetidores tienen la oportunidad de volver a intentarlo, pero ya nunca serán capaces de hacerlo todo bien a la primera.

23

El perro se deja obnubilar por la sensualidad de los pétalos blancos de las rosas. Parece querer frotar su lomo contra ellos. Se acerca temerariamente y al momento ladra y da un respingo para alejarse de los pinchos del rosal.

—Gilipollas —le dice y apunta hacia él por un segundo con la manguera.

En un momento en que la superficie acometida permite al agua chapotear con menos fuerza, el cachorro oye el teléfono a través de la ventana de la cocina. Cuando lo ve salir disparado, la madre de Gonzalo suelta la manguera, entra en casa, llega a la cocina y descuelga el inalámbrico.

—¿Dónde tienes el móvil?

—No lo sé, por ahí. ¿Qué pasa ahora?

—Te estaba llamando al móvil pero no cogías.

—Ya lo había entendido.

—Perdona que te dé la lata otra vez.

—¿Qué pasa?

—Ya sé que te estoy dando la lata otra vez pero fue hablar contigo hace un momento, me quedé pensando y la verdad es que no sé cómo decirlo.

—A ver.

—No es fácil. Me cuesta mantener la cabeza despejada. Estoy hecho un lío pero ahora veo que tienes toda la razón, no sé

cómo he podido ser tan estúpido y no darme cuenta. Te llamo para pedirte perdón.

—Mira, lo siento. No me he enterado de nada, tenía que salir al jardín a cerrar la llave de la manguera y ya sabes que se pierde la señal.

—¿No te has enterado desde qué parte?

—De nada. Que te quedaste pensando y no sé qué.

—Pues eso, que lo siento. Que es difícil mantener la cabeza despejada y hacer las cosas siempre bien. Yo creo que en estas situaciones es prácticamente imposible. Al menos para mí es imposible. No lo hago bien, no sé, me convenzo. Me voy convenciendo de que tengo derecho a llamar, de que debo llamar y de que tú también quieres que llame pero no te atreves a reconocerlo. ¿Sabes qué he pensado? Yo creo que, si lo admitieran, se vería que la mitad de la gente en realidad está esperando que suene el teléfono. Una llamada de alguien. Pero como lo probable es que no llamen, no lo reconocen. Todo es mucho más fácil si no lo reconoces. Y la otra mitad...

—La otra mitad se pasa la vida dudando si llamar.

—Exactamente. ¿Ya te lo he contado?

—No, pero es muy tuyo.

—Pues eso, me voy convenciendo de cosas porque tengo el tema todo el día en la cabeza y me pierdo. Pierdo completamente el norte.

—Y te da por generalizar. Piensas que a todo el mundo le pasa lo mismo.

—Pero luego hablo contigo y gracias a Dios siempre tienes los pies en el suelo y eso te lo tengo que agradecer. La paciencia que tienes.

—¿Y esto cuántas veces me lo has contado?

—Pero ahora lo veo claro. Antes creía que lo podía asumir, lo hablábamos y yo lo asumía, *no puede ser y punto*, pero luego poco a poco me iba convenciendo otra vez. Ahora no. Ahora te juro que lo veo claro, a lo mejor no lo he visto claro hasta meter la pata bien metida con lo de hoy. Con lo de Gonzalo.

—No tenías que haberle dicho nada.

—Ya lo sé, por eso te llamo. Me dijo que quería que volviera a casa y yo ya estaba en esa situación en la que me coloco a veces cuando no entiendo cómo ha pasado todo esto. No me lo puedo creer. Ahora lo que no me creo es haber sido capaz de decírselo. No sabes lo que daría por volver atrás en el tiempo y poder borrar esa conversación. Quería pedirte perdón antes de hacer nada. No sé, ahora mismo no puedo con la rabia. Te juro que me dan ganas de amputarme un brazo o algo así.

—¿Y me llamas para pedirme perdón o para que te diga que no pasa nada?

—Te llamo para decirte que te quiero y que estoy haciendo un esfuerzo tremendo por hacerme a la idea.

—Estupendo. Tú quieres que te perdone por comerle la cabeza a Gonzalo, yo te perdono. Pero no me digas nada más. A mí me da igual que te hagas a la idea o que no tengas valor para seguir con tu vida. Lo único que me importa es que me dejes en paz y que dejes en paz a Gonzalo, que no tengas un motivo para amargarnos cada día. Aunque te parezca mentira, estas cosas se pueden hacer bien.

—Yo te juro que intento con todas mis fuerzas hacerlo bien. Solo quería pedirte perdón y decirte que si la cago tanto es porque ahora mismo estoy completamente perdido.

—Pues encuéntrate. Puedes hacerlo y si lo haces todos vamos a ser mucho más felices.

—Solo quería decirte que lo siento.

—Está bien.

—Ahora se lo explico.

—No te preocupes. Lo espero en casa entre ocho y media y nueve.

—Lo siento.

—No pasa nada, hasta luego.

—Adiós.